

Apuntes y Recuerdos de San Carlos

Por M. A. González Rodríguez (*)

VI

Para el año de mil ochocientos noventa y cuatro, la antigua población de San Carlos tenía nueve vías de Este a Oeste. Cuatro eran calles de casas y bohíos; tres comenzaban a serlo y dos eran callejones. Las que para aquel tiempo eran calles, aunque de poca extensión, tienen ahora los nombres siguientes: Trinitaria, Peña y Reynoso, Del Monte y Tejada y Salcedo. Las que se hallaban en cierne, Imbert, María Nicolasa Billini y Libertador.

Yendo de Sur a Norte, el primero de los dos callejones se halla entre las casas Nos. 10 y 12 de la calle 16 de Agosto y 7 y 9 de la Dr. José Dolores Alfonseca. Por el mencionado año de mil ochocientos noventa y cuatro, era conocido por el nombre de Callejón de Pirí, apodo con que se distinguía al señor Fermín Castro Ruiz, quien vivía en la esquina sudeste que formaba dicho callejón con la Calle Real, actualmente Dr. José Dolores Alfonseca. Estaba constituido por la prolongación de cuatro patios cercados de tablas de palma, en dos de los cuales se veían algunos árboles frutales. Hoy lo forman la prolongación de dos casas de mampostería hacia el Sur y una de concreto hacia el Norte. Es la vía más corta de Ciudad Trujillo y una de las pocas que no tiene nombre.

(*) V. los números 102, 104, 106, 107 y 108.



El segundo callejón es al presente el último tramo hacia el Oeste de la calle Imbert. Lo llamaban el Callejón del Judío, porque en la esquina sudeste que hacía con la Calle Real residía un hebreo de nombre Abraham, cuyo primer hijo vendía El Listín Diario jinete en un jumento. En este callejón sólo existían dos bohíos. En uno vivía el señor Juan Rodríguez y en el otro la señora María Lora, contentadiza de más a más y a quien a veces acompañaba un fastidioso tufillo de esencia carnavalesca. Tenía el pavimento de piedra caliza y carecía de alumbrado público. No debe pues admirar que fuera en la prima noche, el camino preferido por aquellos que andaban amorosamente emparejados y aspiraban irse de vista.

Hoy, en el que fué Callejón del Judío, no hay bohíos. Conserva, sin embargo, su antigua estrechez. Cuenta en el día con dos casas pequeñas de concreto y cuatro de maderas con techos de zinc. Su pavimento es de asfalto; pero no tiene aceras corridas, sino tres o cuatro individuales con anchos y niveles diferentes. El alumbrado público, en fin, lo compone una flaca y descolorida bombilla que apenas desvanece las sombras que lo envuelven en la noche. (4)

La Calle del Perdón.— La Calle del Perdón, hoy Trinitaria, por su proximidad a la Iglesia, su posición respecto a ésta y lo llano de su primer tramo, fué sin duda la primera calle que formaron los isleños del siglo XVIII en la antigua población de San Carlos. Citamos este siglo, porque para el año 1740, la expresada iglesia se hallaba en construcción.

Hasta el año 1880, la Calle del Perdón fué enteramente de bohíos; pero ya para el año 1894, tenía dos casas de maderas extranjeras con techos de tablitas y una que otra con techo de zinc. Por entonces su pavimento era de piedra y caliche hacia el Oeste, con una lometa como de dos metros de altura, y hacia el Este de caliche y totalmente llano. Las aceras eran individuales, con niveles diferentes; unas de ladrillos y otras de cemento. Cinco o seis faroles, con lámparas de petróleo, componían el alumbrado público. Frente a la

(4)—Antiguamente el Callejón de Piri era utilizado para llevar agua a la Calle Real del pozo que se hallaba en la Calle de la Iglesia. Este pozo fué, sin duda, el origen del callejón mencionado. Distaba de éste como unos treinta metros.



hoy casa No. 1, y casi al terminar ésta, se hallaba un pozo de forma circular, situado hacia la derecha, yendo de Este a Oeste.

Por algunos años se hallaron en la Calle del Perdón las principales oficinas públicas de la población de San Carlos: en la esquina sudeste, formada con la Calle Real, la Comandancia de Armas; y en el sitio en donde hoy se halla la casa No. 11, la casa del Ayuntamiento y la oficina de la Comisaría Municipal. También se hallaban las dos más importantes escuelas de la población, una oficial de varones, pagada por el Ayuntamiento y otra particular de hembras, dirigida por la señora doña Altagracia Henríquez de Coiscou. Aun existe en dicha calle el ambiente cultural que hubo en otros tiempos. Con efecto, en ella viven los sancarleños siguientes: el Dr. Miguel A. Piantini, cuyo modo de hablar, culto y llano, encanta y enseña. Como catedrático, de él se dice que deleita enseñando; el licenciado Osvaldo J. Peña, eficiente abogado, el licenciado Lucas Regús, hombre de ciencia y de letras, y el castizo escritor Rafael A. Peña.

La vía que se extiende de Norte a Sur y que desemboca en la que nombraban Callejón del Judío, la llamaban Callejón de *Callalla*, apodo con que se conocía al señor José Candelaria Pérez, isleño ciento por ciento, quien vivía en la calle de la Iglesia, en un bohío cuyo patio lindaba en el fondo con el último callejón que hemos mencionado. Por el año de mil ochocientos noventa y cuatro, en el Callejón de *Callalla* no existían casas ni bohíos. Era usado para ir a buscar agua al pozo que se hallaba en la calle de la Iglesia y que aún se ve con una tapa de *concreto* en la esquina sudeste del enrejado de la Escuela Brasil. Hoy tiene catorce casas, tres de *concreto* y once de maderas con techos de zinc. Poco menos de la totalidad de las casas de maderas han sido fabricadas con materiales usados y están en mal estado. El pavimento es de piedra y de tierra, generalmente escabroso, inseguro y tedioso. No todas las casas tienen aceras, ni todas las aceras son iguales; las hay bajas, casi a ras del pavimento; las hay altas, estrechas y feas. Carece de alumbrado público y es en la noche una boca de lobo.

Los Titeres de Picho.— Durante muchos años existió en la Calle del Perdón, en el patio de la hoy casa No. 5, un retablo cuyos



títeres eran gobernados con suma habilidad por el señor Patricio Mieses (a) Picho. Por aquel entonces era la única diversión con que la gente de San Carlos engañaba el tiempo. No obstante, asombra que este retablo no tuviera el mismo fin que tuvo aquel que fué en la Mancha propiedad de Ginés de Pasamonte. Asombra, decimos, porque bien sabemos que en San Carlos habían muchos isleños aquirotados, capaces de vencer gigantes, enderezar entuertos, desca-bezar serpientes, matar endriagos y desbaratar retablos.

Muerte del General Perico Pepín.— Por otra parte, el seis de abril del año 1903, fué muerto en la Calle del Perdón, en el tramo que se halla hacia el Oeste, el general Pedro Pepín (a) Perico, el más valiente de los generales de su época, o por lo menos ninguno más que él. Más adelante relataremos la batalla en que murió nuestro Cid Campeador.

Hoy, en la Calle del Perdón con el nombre de Trinitaria, no hay bohíos; la forman diez y seis casas de *concreto* y ocho de maderas con techos de zinc. Entre las casas de *concreto* hay una de tres pisos y cinco de dos. Tiene el pavimento de asfalto, las aceras corridas y el alumbrado eléctrico. La afean dos solares yermos y algunas casas de maderas cuyas escaleras laterales ofenden al progreso y desmédran la belleza general de la calle.

El seis de abril del año 1903, el general Pedro Pepín (a) Perico, Jefe de las fuerzas revolucionarias que se hallaban en la población de San Carlos y sus alrededores, ocupaba las posiciones siguientes: su ala derecha el Camino de Santa Cruz, en un lugar que se hallaba como a doscientos metros de la población. Estas fuerzas estaban comandadas por el general Angel Manzueta (a) Angelito, quien constantemente destacaba avanzadillas hasta el lugar de Agua Dulce. Las fuerzas que defendían el centro, se hallaban en el Esperillón, o sea en el sitio en que hoy se unen la calle Dr. José Dolores Alfonseca y la Avenida Braulio Alvarez. Dichas fuerzas estaban enlazadas con las que comandaba el general Manzueta y se hallaban bajo las órdenes del general Juan de Vargas. Las fuerzas que componían el ala izquierda las comandaba el propio general Pepín, quien tenía como lugar-teniente al general Manuel de Jesús Gómez (a) Pelen, y como Ayudante al general Miguel Angel Rocha. Se halla-



ban acantonadas en el extremo oeste de la Calle del Perdón, hoy Trinitaria. Para evitar un asalto por el Norte, el general Pepín acantonó al general Juan Rojas en la hoy calle Duvergé, quien a su vez colocó una avanzadilla de cuatro a cinco hombres al comenzar el Camino de la Esperilla, o sea en el punto en que hoy se unen la Avenida Méjico y la calle Dr. José Dolores Alfonseca. Para resguardarse de un ataque de frente, hizo construir una trinchera de madera en la línea en que hoy se tocan las calles Trinitaria y Dr. José Dolores Alfonseca. Detrás de esta trinchera y como a unos treinta metros, hizo colocar una de las ametralladoras que pertencieron al crucero Restauración, la cual confió al teniente Julio Abreu. Por último, le ordenó al teniente Andrés Corcino que ocupara el sitio de *La Generala* (5) con quince hombres. Su misión era de tirotear al

(5) Llamaban La Generala, a un potrero que había en el mismo sitio en que hoy está el Palacio del Poder Ejecutivo. Este potrero colindaba por el Este con los patios de las casas que se hallaban frente a la trinchera que hizo construir el general Pepín.

Nos ha informado el señor Julio Lluberes, que el día 6 de abril del año 1903, estando en la estancia de La Aguedita, vió pasar por la parte norte, con dirección hacia el Este, al General Rafael Mieses con las tropas que momentos después atacaron al general Pepín. También nos ha informado que él vió en el batey de La Aguedita al señor Viejo Ditrén con cuatro o cinco hombres armados de carabinas. Añadiendo que entró en la ciudad de Santo Domingo por la Puerta de la Misericordia seguido por el señor Viejo Ditrén y la gente que lo acompañaba.

Los informes que damos acerca de la visita que hicieron al general Pepín los generales Espaillat y Cepín, así como todo lo que sigue hasta el instante en que el general Pepín cayó muerto, los debemos al señor Miguel Angel Rocha.

Nos reservamos los nombres de las personas que nos dieron los informes acerca del teniente Corcino y a la frase que pronunció el general Pepín, respondiendo a los generales Espaillat y Cepín, para evitarles enojosas consecuencias.

El informe relativo al traslado de los cadáveres de los generales Pepín y Gómez a la casa en que vivía el señor don Eloy Mieses, lo debemos al señor Luis Arvelo.

El que se refiere al traje que usaba el general Juan Rojas en el instante en que fué muerto, lo debemos al señor Ramón Casado (a) Mon, quien además nos ha dicho: "Nos hicieron una descarga a boca de jarro y seguidamente nos retiramos hasta la calle Abreu; por esta calle algunos nos dirigimos hacia el Norte, doblamos por la calle Peña y Reynoso hacia el Este, pasamos por el Parque Abreu y bajamos por la calle de la Fajina, hoy Emilio Prud'homme".

Aunque el general Pepín usaba regularmente sombrero de Panamá, no debe extrañar que usara sombrero de fieltro el día 6 de abril de 1903, pues el día primero del mismo mes, en la batalla que libró en el barrio Duarte, una bala le rompió el ala al sombrero de Panamá que usaba.

Era el teniente Andrés Corcino de estatura alta, complexión gruesa, color negro y pelo malo. Perteneció a la Escuela Militar de Cadetes en 1902. Algunos



enemigo si se presentaba por aquel sitio y reconcentrarse inmediatamente al lugar en que se hallaba el general Pepín. Estaba, pues, el teniente Corcino hacia el Oeste, en un sitio que distaba como cien metros en línea recta de la trinchera que hemos mencionado.

El expresado día seis, en las primeras horas de la mañana, las tropas del gobierno que se hallaban acantonadas en el Cuartel General de la Fe, se movieron en dirección a las posiciones que ocupaban las tropas revolucionarias. Al tiempo en que esto ocurría, el teniente Andrés Corcino abandonó la posición que le había sido confiada y se introdujo con parte de sus tropas en la tenería propiedad del señor don Marcos Polanco, la cual se hallaba en el solar que hoy se ve entre las casas Nos. 7 y 11 de la Avenida Bolívar. La otra parte de sus tropas, al mando del señor Viejo Ditrén, se ocultaron en una de las casas de la estancia de La Aguedita. Desde este momento, es claro que el general Pepín se hallaba expuesto a un asalto de frente. Por lo demás, las tropas que atacaron al general Pepín, eran, según decía el general Horacio Vásquez, "la flor del valor cibaño". Las condujo como práctico el general Rafael Mieses (a) Rafaelito, quien había nacido y aun vivía como a ciento cincuenta metros del lugar en que se hallaba el general Pepín. Era, pues, el general Mieses, la persona que tenía más facultad para preparar un asalto contra la posición que ocupaba el general Pepín.

Entretanto, el general Mieses penetró en la estancia de Gazcue, pasó por la parte norte de la estancia de La Aguedita y llegó al lugar de La Generala. Por este último lugar, introdujo a los oficiales y soldados que conducía en los patios de las casas que se hallaban vecinas a la posición que ocupaba el general Pepín, especialmente en el patio y dentro de la casa en que se hallaba la panadería "27 de Febrero", que estaba frente por frente a la trinchera que hemos mencionado.

Cuando tenían lugar estos hechos, visitaron al general Pepín los generales Leopoldo Espaillat (a) Polán y Neney Cepín, quienes le comunicaron que uno de los generales comprometidos con la

años después el señor Rafael Acosta (a) Fello el Ovejo, hombre sumamente pacífico, le dió muerte infiriéndole un balazo en el pecho.

Los informes que figuran en la presente crónica, se dividen en dos partes: propios y de personas que nos merecen entero crédito.

CIUDAD TRUJILLO, D. S. D.

2 de abril de 1951.



revolución, hacía un momento que se había pasado a las tropas del gobierno con cerca de cien hombres. Sin darle importancia a esta noticia, el general Pepín les respondió: “No me sorprende y hasta me alegro que se vaya ése traidor”.

Tan pronto como partieron los generales Espaillat y Cepín, siendo ya como las ocho y media de la mañana, un soldado que se había subido en un cocotero a tumbar unos cocos, corrió hacia el lugar en que se hallaba el general Pepín y le dijo: “General, ahí mismo está la gente”. No bien pronunciaba la última palabra, cuando la trinchera fué asaltada por varias decenas de soldados. Inmediatamente se oyó una descarga y nueve de los que acompañaban al general Pepín cayeron muertos. Con apacible serenidad, el general Pepín miró a los que habían caído y exclamó: ¡Mataron al general Pelen! Caminó después seis u ocho pasos hacia el medio de la calle, le dió el frente al enemigo que se hallaba a unos treinta metros de distancia y recibió un balazo en la cara, cerca de un ojo. Al punto se llevó la mano izquierda hacia el lugar en que había recibido la herida y cayó muerto blandiendo en la diestra su sable de guerra. Era el general Pepín de estatura baja, complexión gruesa, color mulato oscuro y pelo crespo; vestía pantalón de casimir color gris a cuadros pequeñísimos y chamarra de *fuerte-azul*; la cabeza la tenía tocada con un pañuelo de madrás, sobre el cual descansaba un sombrero de fieltro color gris con el ala inclinada hacia abajo en la parte delantera.

Nos ha informado el señor Miguel Angel Rocha, que éf pensó coger el sable que usaba el general Pepín, quien aun después de muerto lo conservaba en su mano derecha, pero que desistió de ese propósito por considerarlo excesivamente peligroso. Rocha se retiró hacia la Calle del Mamey, hoy Abreu y bajó por ésta a la Calle Real, en donde se encontró con el general Pedro Peña que venía, a pesar de haber sido herido en un brazo, a prestarle ayuda al general Pepín. “Devuélvase”, le dijo, “que mataron al general Pepín”. El general Peña se devolvió y ambos entraron en la ciudad de Santo Domingo por la Puerta del Conde. Mientras tanto, las tropas del gobierno avanzaron hasta la parte sur del Parque Abreu, persiguiendo a las derrotadas tropas del general Pepín.



Por su parte, el general Juan Rojas se retiró por la calle Duvergé hacia el Este, tomó la calle Peña y Reynoso también hacia el Este, y llegó al citado Parque Abreu por la parte norte.

“¡Ríndase, general Rojas, ríndase!, gritó uno de los que se hallaban entre las tropas del gobierno. “¡Nunca, el general Rojas no se rinde jamás!”, respondió el interpelado. Enseguida se produjo un tiroteo y el general Rojas cayó muerto. Era de estatura alta, de complexión mediana, color indio y pelo lacio; vestía pantalón de *fuerte-azul* y chamarra de dril español a rayas color blanco y azul pálido. Sobre la cabeza llevaba un sombrero de cana de ala grande.

Más al norte, los generales Juan de Vargas y Angel Manzueta, presionados por las tropas del gobierno, se retiraron hacia el Sudeste y entraron en la Ciudad de Santo Domingo, uno por el barrio de San Lázaro y el otro por el de San Miguel.

El mismo día, el piadoso señor don Eloy Mieses, hizo conducir a la casa en que él habitaba, sita en la esquina que hoy forman las calles Abreu y Del Monte y Tejada, los cadáveres de los generales Pepín y Gómez, junto con diez o doce más. Por la tarde los cadáveres de los generales Pepín, Rojas y Gómez, fueron enterrados en una casa de mampostería en ruinas que se hallaba en la expresada calle Del Monte y Tejada, frente a la Calle de la Fajina, hoy Emilio Prud'homme.

No muchos días después, las ruinas en que fué enterrado el general Pepín, hasta entonces despreciadas y olvidadas, se convirtieron en el panteón más frecuentado de la República. Su tumba estuvo siempre cubierta de lozanas flores.

Acerca de nosotros podemos decir que cuantas veces visitamos la tumba en que yacía el cadáver del intrépido general Pepín, sentíamos nuestros nervios bien templados y parecíanos que el insigne guerrero se acercaba a nosotros y en secreto nos decía: “Sé como yo, no temas a la muerte”.

Hoy el nombre del valeroso general Pepín, vive en el recuerdo y en la historia, mientras el de aquellos que le traicionaron, piadosamente los enterró el olvido.

